

¿Hasta dónde y cuándo la crisis económica?

Carlos Berzosa

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

EL DESPLOME del sector de la construcción en la economía española ha hecho que el aumento del paro haya adquirido en nuestro país una dimensión muy superior a la de las otras economías desarrolladas. No obstante, la caída de la actividad económica es igual o menor a la de las otras economías. Estos datos del paro ponen de manifiesto las debilidades de la economía española y su vulnerabilidad.

El peso del sector de la construcción en nuestro Producto Interior Bruto (PIB) es muy superior al de las otras economías avanzadas, nuestra economía además cuenta con unos índices de productividad menores en los diferentes sectores económicos y, en consecuencia, tenemos también un elevado déficit comercial. Nuestra dependencia energética es muy alta, y se continúa con una escasa autonomía tecnológica. Las partidas destinadas a Investigación y Desarrollo siguen siendo inferiores a las que destinan los países más avanzados, de ahí la dependencia tecnológica que se sigue aún padeciendo a pesar de los progresos habidos en la economía española en los últimos tiempos. Y las partidas del turismo siguen siendo fundamentales en la balanza de pagos y como fuente de financiación para nuestra economía.

El crecimiento del sector de la construcción es consecuencia de la expansión del turismo, tanto del exterior como del interior, pero también es consecuencia de la mejora del nivel de vida de los españoles, que ha posibilitado mejorar la vivienda principal y adquirir una segunda vivienda a un sector considerable de la población. Si a esto se añade el crecimiento demográfico, la emancipación de los hijos del hogar paterno y la llegada de los emigrantes, se explica esa expansión.

No obstante, el incremento progresivo de los precios de la vivienda ha conducido a que su compra se haya convertido, además, en una forma de mantenimiento de riqueza para los

hogares y empresas. Tanto el suelo como las propias viviendas adquieren así un elemento especulativo considerable. Impulsados por ello crece de un modo desmesurado la oferta que supera con creces a la demanda, a pesar del crecimiento de ésta, lo que genera una burbuja que antes o después tenía que estallar.

La burbuja inmobiliaria y los beneficios que ha generado son una de las causas de la crisis en nuestro país, que ha venido atrayendo muchas inversiones en el pasado y las ha ido desplazando de otras alternativas. Se han generado con ella beneficios rápidos y fáciles, han aparecido nuevos ricos, y la corrupción se ha convertido en una forma natural de funcionamiento de muchas personas vinculadas a esta actividad. Los ayuntamientos han encontrado en la recalificación de terrenos y la concesión de licencias una fuente importante de financiación. Todo esto ha producido agresiones al medio ambiente y ha evidenciado falta de ordenación del territorio.

La economía española se ha escorado en demasía hacia este sector y ahora esto se está pagando, como todo exceso que se produce. Se ha ido a lo fácil, a las ganancias rápidas y fáciles, sin apenas riesgo. El exceso de oferta que ahora se manifiesta con mayor crudeza que hace pocos meses, coincide con la dificultad de tener una vivienda digna para las clases sociales más vulnerables y para los jóvenes. La forma de crecimiento es una manifestación más de la desigualdad existente en nuestro país, en rentas y oportunidades, al tiempo que acrecienta la desigualdad.

No se ha fomentado la Investigación el Desarrollo y la innovación. Hacen falta empresarios schumpeterianos, esto es, innovadores en métodos de producción, en productos nuevos, y en organización empresarial. Hace falta cambiar el modelo de crecimiento, pero esto no se puede realizar a corto plazo, aunque hay que apostar

por ello con una visión de futuro, pues si no es así los problemas actuales se volverán a repetir. De momento, lo que hay que hacer necesariamente es mejorar la eficiencia de las empresas e impulsar la productividad, que se puede hacer con ayuda pública y con los conocimientos profesionales existentes.

Pero aparte de esta quiebra que afecta a uno de los pilares del crecimiento económico español de los últimos años nos encontramos también con una crisis financiera que está bloqueando la concesión de créditos, lo que tiene una repercusión negativa para las empresas y los consumidores, sobre todo para las pequeñas y medias empresas, que tienen una importancia considerable en la economía española.

La economía real se encuentra muy afectada y el aumento del paro se dispara en otros sectores más allá de la construcción. Todo esto afecta tanto al tejido productivo, de modo que no sabemos hasta dónde puede llegar la crisis, pero tampoco se puede predecir con certeza cuánto puede durar. Las diferentes previsiones que se hacen no explican con exactitud en qué se basan

No deja de ser triste que los grandes poderes se propongan acabar con los paraísos fiscales sólo cuando surgen atentados terroristas o catástrofes económicas como la presente.

sus supuestos y los datos utilizados para que sepamos si podemos confiar en ellos.

Hace falta actuar a escala mundial para sentar las bases de otro orden económico internacional, frenando la globalización financiera y regulando más un sector que tiende a la incertidumbre, la especulación y la inestabilidad. Un orden económico que contribuya a una mayor igualdad entre los países, que combata con eficacia la pobreza y el hambre, y que sea capaz de poner remedio al deterioro ecológico y al cambio climático.

Hace falta, a su vez, llevar a cabo políticas económicas y sociales en la Unión Europea coordinadas y basadas en la solidaridad. Esto es muy necesario, pues con la creación del euro, los países han perdido las palancas de los tipos de interés y del tipo de cambio, y todo ello requiere acciones globales y no independientes de cada país. De lo contrario, la crisis se agudizará y se

provocarán distorsiones en el proceso de integración europea con consecuencias muy negativas para las economías nacionales y para la misma Unión Europea.

Hay que actuar a medio y largo plazo para cambiar el modelo de desarrollo mundial, basando el crecimiento en un menor endeudamiento y dependencia del crédito, aunque eso conduzca a menores crecimientos, pero que debe basarse en una mayor igualdad en rentas, riqueza y oportunidades, con grados más elevados de solidaridad en el reparto del trabajo y en la distribución entre salarios y beneficios. Una mayor participación de los trabajadores en la gestión de las empresas. Un desarrollo más equitativo y sostenible que se asiente en unas bases sólidas de la economía real y no en el capitalismo de casino. Para ello hay que implantar, entre otras cosas, la tasa Tobin y acabar con los paraísos fiscales.

Tal vez se considere que esto es difícil de conseguir tal como está la relación de fuerzas políticas en el mundo actual, pero para ello es necesario aunar esfuerzos entre los sindicatos, los partidos políticos de izquierda y los movimientos sociales. Además, hay que tener en cuenta que reivindicaciones como la eliminación de los paraísos fiscales que hasta hace poco tiempo era asumida solamente por movimientos sociales tipo ATTAC, y que no era tomada en serio por los dirigentes políticos, ahora se plantea, incluso por los conservadores como es el caso de la canciller alemana, como una manera de reestablecer el orden financiero. También tras los atentados del 11-S se propuso su control. No deja de ser triste que los grandes poderes se propongan acabar con los paraísos fiscales sólo cuando surgen atentados terroristas o catástrofes económicas como la presente.

Lo que se considera como un objetivo utópico por aquellos conformistas con la situación y el saber convencional, y sólo es defendido por los idealistas que plantean que otro mundo es posible, la necesidad, sin embargo, les lleva a plantearlo como una posición realista y necesaria. Algo similar puede pasar con la tasa Tobin, que recibe tantas críticas desde los órganos de la toma de decisiones. Desde esta perspectiva los movimientos políticos y sociales que aspiran a transformar la realidad aparecen como pioneros capaces de convertir ideas en realidades materiales y concretas. De hecho, muchos derechos de hoy son el resultado de las luchas del pasado.

Todos estos cambios que afectan a la economía

mundial y a la Unión Europea son necesarios y deben de plantearse, sobre todo porque en el mundo global en el que vivimos no hay soluciones nacionales ante la crisis. Los sindicatos deben ser conscientes de esto, pues en muchas ocasiones se quedan en reivindicaciones a corto plazo o muy concretas, y sin desdeñar la importancia que estas luchas laborales puedan tener, hay que ofrecer una perspectiva más amplia de los problemas que sufre la economía mundial, que influyen en mayor o menor grado en las economías nacionales.

Hay que tener en cuenta que las crisis estructurales, como la presente, suelen llevar consigo cambios en el paradigma económico dominante que se materializan en las prácticas concretas de las acciones de los gobiernos. Así fue en la crisis de los treinta del siglo XX, que originó la primacía de la teoría de Keynes, el capitalismo regulado de la posguerra y la expansión y consolidación del estado del bienestar. La crisis de los setenta trajo consigo el triunfo del paradigma neoliberal, y de aquella salida de la crisis padecemos ahora sus efectos.

Se reivindica cada vez con mayor insistencia la vuelta a Keynes. Para ello las fuerzas de la izquierda y los sindicatos de clase tienen que llevar la iniciativa teórica y práctica para no dejar la salida en manos de los fundamentalistas de mercado. El nuevo paradigma tiene que ser el resultado de la unión de fuerzas de los teóricos heterodoxos respecto a las corrientes dominantes de la economía de los últimos tiempos y los movimientos sindicales, sociales y políticos con acciones concretas.

La intervención económica tipo keynesiana tiene que tener en cuenta propuestas más modernas, como la igualdad de género, el desarrollo sostenible y el impulso que hay que dar a la educación y la salud pública. Esta intervención debe tener una doble finalidad, por un lado, impulsar la demanda efectiva para evitar que se agrave la situación económica y el deterioro que está sufriendo; por otro lado, debe ser selectiva en la línea mantenida para modificar el modelo económico que nos ha conducido a este desastre.

No obstante, también resulta urgente actuar con medidas de corto plazo. Una de ellas requiere el estímulo del gasto público, con mayores niveles de déficit si es necesario, y no cabe duda de que lo vaya a ser pues el sector público es el único acicate que puede reactivar la desanimada actividad privada. Pero otro factor fundamental es la recuperación del crédito, y eso sólo se puede hacer desde la intervención de los poderes públicos en los bancos y cajas de ahorro, y con su nacionalización si la situación lo requiriese.

Estamos ante una situación difícil. La crisis golpea como siempre sobre los más vulnerables. Las políticas sociales de protección tienen que servir de colchón para tantos afectados. Pero considero que ya es el momento de denunciar que la crisis no la pueden pagar los de siempre, mientras que los responsables que la han provocado tienen sus beneficios y ahorros a buen resguardo. La crisis provoca muchos damnificados, pero es también una ocasión para cambiar, y eso es lo que tenemos que hacer. ♦